cio aventurero empieza a brotar. A su luz todo lo evidente se desploma y salda su sentido. Lo que ha sido ya no es, las grandes creencias se despeñan como policías suicidados. Las numerosas gentes que se encuentran unas a otras en el espanto, golpeando su mucho que perder de avecillas alocadas contra sus propias transparencias, se preguntan: acaso la tierra, esta tierra nuestra tan sufrida hasta hoy, ha perdido el seso de repente?

Y sólo es poco más que una nueva hipótesis pero que afirma sus raíces en el seno mismo de los suspiros. Y si todo resuena y se conmueve es porque en el sexo del universo mundo algo que participa de mariposa y sed de brisa se acaba de desatar. Y en verdad no es sino la hora de nuestra venganza. Diente por diente.

Raza de islas descosidas, de botones descosidos, de barbillas descosidas, esto y lo demás qué nos importa? Tú te llamas Antonio, yo Casimiro, y los dos a un tiempo Nieves Vivas. Hay siglos y tal vez hendiduras de águilas entre nosotros; pero ambos nos hallamos desnudos hasta un mismo grado, a saber, hasta vernos obligados a huir la misma policía pudibunda. Nuestros poros son la única cosa que nos queda por perder. Apostémoslos. El primero que confíe a la verdura la claridad de su vergüenza volverá al lugar de nuestros crímenes como el día se dirige insensiblemente hacia el ocaso.

JUAN LARREA